



UN MES.

Madrid... . 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... . 60
Provincia... . 76

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL ESPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela PE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

BELGICA.—CANAL DE BRUGES.

En el presente artículo ofrecemos al lector una vista de Bruges, aunque menos consiste en

la misma ciudad que en el canal que la baña, el recuerdo que les presentamos. Mas allá del canal que ocupa el primer término, aparecen algunos de esos edificios de techos angulosos, curiosos restos de los pasados siglos, que forman un contraste tan pintoresco con las casas edificadas en estilo moderno; y mas lejos, en el confluente de la lámina, se levanta esa torre, que la vista del viajero hallará siempre, de cualquier lado que se coloque para mirar la ciudad.

Para ir de Gante á Bruges, pueden escogerse tres diferentes caminos, á saber: por el canal, por tierra costeándolo, y por el gran camino empedrado que se aparta del mismo. El segundo solo es transitado por gente de á pie, ó por cabriotes muy ligeros; el ir por el canal es el modo mas cómodo y delicioso de los tres, por cuya razon es casi siempre preferido de los que no andan embarazados con coche ó caballo.

No hace mucho que escribía un viajero: Sin vacilar puede asegurarse que ningun medio de pasaje es comparable en comodidad y goce con la barca que hay establecida entre Gante y Bruges. Por mucha fama que tengan las barcas de que se usa en todas partes de Holanda, en que se viaja con tan pocos gastos, fuera inútil querer por ellas ó por cualesquiera otras de Europa, formarse idea de las ventajas que ofrece la de que tratamos, la cual produce una agradable sorpresa al viajero, de suerte que se embarcan muchos sin mas motivo que para pasar un dia delicioso.

No solo se hallan las mismas comodidades

que en una casa particular, sino que puede elegirse entre varios sitios muy cómodos, y en especial dos destinados para las personas de alguna distincion, son tan limpios y bien adornados como las mejores estancias de cualquiera casa acomodada. En estos sitios puede uno ademas variar sus diversiones, y dilatarlas segun la satisfaccion que resulta de las personas con quienes se halla. Si casualmente no se encuentra con quien pasar el tiempo en conversacion, se puede leer ó escribir, haciendo caso omiso de la compañía, pues las cámaras están provistas de mesas y sillas muy limpias, y con excelentes almohadones.

Con dinero y á precio muy racional se puede obtener vino, cerveza, licóres, bebidas calientes, y todo cuanto puede saciar el apetito cuando se quiere comer. A la hora de la comida

mida mejor y mas abundante que en los mas famosos albergues.

Los anteriores estados de Flandes ponian tanto esmero en que las mesas fuesen bien servidas, y que todo estuviere en tal orden que hiciese honor á la provincia, que se reservaron la administracion de dicha barca, para la que escusaban tan pocos gastos, que eran cada año mayores que el producto.

Ademas de los sitios destinados para los viajeros, tiene una hermosa cocina, un lavatorio, una allucena, bodegas y otras divisiones, de manera que nada falta de todo enanto puede hallarse en una casa bien arreglada. He observado particularmente con mucha satisfaccion varios sitios de recreo, cerrados con llave, en extremo limpios, y bien iluminados; lo que me admira mucho al considerar la sociedad que en general se observa en lugares semejantes.

Otra ventaja ofrece esta barca á los viajeros, y es que por la comida no se retarda un solo instante su marcha, puesto que en todo el tiempo que dura no dejan de andar los esbaldos, que de ella tiran mas ó menos veloces, segun les seconde ó contraríe el viento. Así se adelanta mucho camino y se va con mucha velocidad, cuando el viento permite el uso de la vela.

LA FAMILIA DE LOS MÉDICIS.

Del seno del comercio salió la ilustre familia de los Médicis, cuya celebridad ha eclipsado casi la de todos los soberanos de Europa. Juan de Médicis, cuya influencia y ascendiente en los consejos de la república, procedía mas bien de su virtud y beneficencia que de sus riquezas, fué el primer banquero y negociante de Italia. Cuando el cardenal Colonna fué elevado á la silla pontificia con el nombre de Martin V, se vió precisado á recurrir á dicho banquero por algunos auxilios pecuniarios, empuñando para ello la tiara; y Juan de Médicis se portó en esta ocasion con tanta nobleza y generosidad, que el papa le hizo duque de Monteverde.

Aunque dejó á su muerte inmensas riquezas, habian sido, sin embargo, de tanta consideracion las sumas que habia invertido en actos de beneficencia y caridad, que fué acompañado al sepulcro por un concurso extraordinario que, derramando copiosas lágrimas, lo aclamaba y lo houraba con el titulo de Padre de los pobres. Su hijo mayor, Cosme, fué un digno sucesor



Vista de Bruges.

todas las mesas se cubren con blanquissimas toallas, y cada uno toma el sitio que le conviene, pudiendo estar seguro de hacer una co-

meida mejor y mas abundante que en los mas famosos albergues.

de sus virtudes, y lo superó todavía en la fuerza de su ingenio, en poder y en reputación. Desterrado de Florencia por una facción triunfante, fué vuelto á llamar á su patria, y con este momentáneo destierro se granjeó un grado extraordinario de pública confianza. Su influencia, por la experiencia que ya se tenía de los benéficos efectos que producía, adquirió una fuerza y solidez cual no es fácil encontrar entre los que suben al mando por la fuerza de las armas, y ni aun por derechos de familia.

Ocupado constantemente en negocios comerciales, empleado y enriquecido una multitud de familias, las cuales por adhesión y gratitud á su persona sostuvieron su autoridad y su importancia con el mayor esmero. Sus buques navegaban por todas partes, y sus factores de Constantinopla, del Cairo y de la costa del Asia Menor, disfrutaban de la más distinguida consideración. Los sultanes de Egipto, los emires de Babilonia, y los emperadores turcos, estrecharon íntimas relaciones con él por medio del comercio. Los Paleólogos, en cuya familia espiró el imperio de Constantinopla, le vendieron las joyas y el espléndido ajuar de los palacios imperiales, para salir de los apuros en que se vieron envueltos poco antes de su destrucción final por Mahomet II. A los títulos de admiración que Cosme mereció de sus contemporáneos y de la posteridad por su comercio y riquezas, agregó otros más nobles, cuales fueron los de la profesión de las letras. La era memorable distinguida con el nombre de «*edad de los Médicis*», empezó con Cosme, y forma una época en los anales de la literatura. Su casa fué el asilo del genio y de los talentos de todas partes de Italia y Grecia. Arrancó preciosos manuscritos del bárbaro furor de los turcos, pagándolos á precios muy subidos para echar su codicia, y forman en el día una de las riquezas más preciosas de nuestras bibliotecas. Una porción considerable de sabios que el furor de los turcos había obligado á refugiarse en Florencia y en otros puntos de Italia, recibieron de su bondad generosas asistencias, por cuyo motivo se granjeó el aprecio y gratitud de estos individuos, que fueron los preconizadores de sus bellas virtudes y glorioso renombre.

Más afortunado Cosme que Pericles en el último período de su vida, después de haber estado á la cabeza de la república por el espacio de treinta años, durante el cual embelleció la capital con monumentos de utilidad y magnificencia, espiró en una edad muy avanzada, libre de las enfermedades y dolencias que suelen ser el apéndice de la vejez.

Pocos soberanos supieron hacerse amar con tanto entusiasmo y sinceridad por su pueblo; y para perpetuar su santa memoria, se pidió por aclamación que se inscribiese sobre su sepulcro el título glorioso de «*Padre de la patria*».

Desde el año 4451, en que Cosme tomó el mando de la república, fué mandada la Toscana por esta familia hasta el de 1737, en que se distinguió con el último descendiente de ellos, que lo fué Gastón de Médicis, habiendo sido Alejandro el primero que asumió el título de duque, por concesión de Carlos V en 1532, y sucesivamente fué su hijo, llamado también Cosme, creado gran duque por el papa Pio V.

Después de este soberano, que puede ser considerado como el primero de aquella ilustre familia, pues que sus antecesores ejercieron el mando con el título de gonfalonieri, ó gefes de la república, pero sin ninguna denominación real, hubo otros seis grandes duques, que lo fueron por el orden de sucesión: Francisco, Fernando, que había sido antes cardenal, Cosme II, Fernando II., Cosme III y Gastón. Entre los muchos papas que la casa de Médicis dió á la Iglesia, merecen un lugar de preferencia en la historia Leon X y Clemente VII: el primero por la gran protección que concedió á las letras y á las artes, y el segundo por su gobierno, que no fué menos ilustre, si bien ocurrió en su tiempo la toma y el saqueo de Roma por las tropas de Carlos V.

Las dos reinas que la casa de Médicis dió á la Francia, fueron la célebre Catalina, casada con Enrique II en 1559, y María, esposa de Enrique IV, que murió desterrada de la corte en el año 1636.

UN RAMILLETE DE MADAMA PREVOST.

(Continuación.)

II.

UNA FIESTA DE NOCHE EN SAN PETERSBURGO.

Mi camarada Enrique residía en San Petersburgo hacía dos años. Al principio y según sus cartas, le creí atacado de ese poético mal que quiero llamar por su nombre de leyenda: el mal del país. No me hablaba más que de Francia, de París, y de nosotros, todos sus amigos. Empleaba cierta sonoridad lírica para espresarme sus sentimientos. Había canto y lamentos en su correspondencia. En fin, el buen muchacho suspiraba con todas sus aspiraciones simpáticas por una prosáica licencia.

De repente, sin transición, cambió, no de tono, sino de cantar; la manía del lirismo, una vez contraída, se conserva toda la vida. Con cualquier motivo, y aun en las ocasiones más vulgares, y de ello podríamos citar recientes ejemplos, se ponen en movimiento las cuerdas cónicas. Enrique continuaba, pues, haciendo vibrar el harpa de oro de Pindaro y de Ovidio, pero los ecos de su corazón no me enviaban más que ruidos admiradores de las maravillas polares. Nada era más bello que el hielo, y solo el deshielo era encantador. San Petersburgo, como por encanto, se había transformado en oasis. Yo atribuía naturalmente este milagro á una baba moscovita. Preguntaba á Enrique acerca de los bellos ojos, cuyo fuego había repetidamente fundido para él tan gran volumen de nieve. Ninguna respuesta. Insistí. El mismo silencio. Imposible obtener de él una sola palabra relativa á la maga. Enrique, como se ve, había nacido para la diplomacia. Poscia naturalmente esa ciencia preciosa que no penetra de ordinario en el cerebro de los hombres sino cuando su cabeza comienza á blanquear ó á quedarse descubierta; la ciencia de callarse.

En aquella época, uno de los grandes dignatarios del imperio, el príncipe X..., convidó á la sociedad de San Petersburgo á un gran baile, á una fiesta de noche. El príncipe era viudo. Su casa era dirigida y hacía los honores de ella, su sobrina y heredera, joven de veinte años, muy linda y distinguida, con toda clase de miramientos.

Se llamaba Elena.

El palacio del príncipe, dispuesto como lo está en Rusia la mayor parte de las habitaciones señoriales, ocupaba con sus dependencias una gran superficie de terreno.

Los salones se abrían á pie de llano á una vasta estufa, comparable por su extensión, el gueto de su distribución, la elegancia de su ajuar y lo pintoresco de sus accidentes de árboles, al jardín de invierno de los Campos Eliseos de París. Reinaba allí una suave y penetrante atmósfera, y aquella noche estaba iluminada con globos de diversos colores, que mullaban al infinito con sus opacas luces todos los rincones de aquel Eden artificial. Aquella fantástica semi-obscuridad se ofrecía á la vez como un encanto y como un reposo después del veriginoso resplandor que iluminaba á giorno de los salones. Después de una contradanza, y especialmente después del ejercicio más violento del wals, iba allí, según costumbre, cada dama del brazo de su caballero, á adquirir gradualmente su calma habitual por medio de un paseo lento; costumbre preciosa, inteligente, de amable inspiración, de bienestar, impregnada de un perfume asiático.

Por todos lados, las parejas del wals se limitaban á recorrer las largas calles de la estufa. Había algunas que se aventuraban en los montecillos que formaban matorrales en aquel oasis, para encontrar en su calma, al fresco abrigo de las verdes ramitas, un silencio menos disputado, y el descanso más completo en los bancos de césped.

La princesa Elena estaba en el primer salon, y recibía con gracia y nobleza á los convidados á la fiesta, á medida que se los presentaba en

tió. Su adorno era notable por su extrema sencillez. La joven doncella no había tomado ninguna joya de su estuche para realzar con un perli resplandeciente su belleza natural. Únicamente atormentaba con sus lindos dedos, con una satisfacción de coquetería, un ramillete, apenas del tamaño del puño, pero tan fresco, tan elegante, tan arrebatador, tan nuevo en su forma, tan variado en su composición, tan escogido en su gusto, tan bien casados sus colores, tan sencillez en su lujo, tan suntuoso en su sencillez, en una palabra, tan completo en su perfección, que todas las damas comprendieron al ver aquella obra maestra, que tenían en sus manos, no un ramillete, sino simplemente un manojo de flores. Aquel diminuto ramillete debía ser el acontecimiento de la reunión.

Enrique se presentó en la fiesta, como hombre que conocía el mundo, en el momento preciso en que el baile salía de su parte ceremoniosa para adquirir vida. Iba acompañado de muchos jóvenes, agregados como él al cuerpo diplomático, de los que se había hecho amigo muy pronto.

Apenas se inclinó respetuosamente ante la princesa, cuando exclamó con una sencilla expresión de alegría:

—¡Ah! señora, permítteme saludar en este ramillete encantador el recuerdo de mi país.

—¿En qué señal reconocéis, pues, este compatriota? preguntó la princesa con una graciosa sonrisa. Las flores de la tierra, como las estrellas del cielo, ¿no son las mismas en todas partes?

—Las flores, sí, pero no los ramilletes. Mirad, y para prueba, apuesto mi vida á que este ramillete viene de Francia, del Palacio Real, y que ha sido hecho por Mad. Prevost.

—Es verdad; pero ¿cómo lo sabéis?

—¡Ah! ¡estaba seguro de ello!

—Sí, he tenido el capricho, lo confieso, de ver con mis ojos, de tener en mis manos un ramillete de aquella famosa ramillettera. Pero á nadie he confiado el secreto de este capricho. ¿Cómo, pues, lo habéis sorprendido?

—Reconocería un ramillete de Mad. Prevost entre otros mil.

—¿En qué señal?

—En la misma señal revelada que me hace reconocer entre todos un verso de Victor Hugo ó una frase de Théobald Gautier. Reconozco vuestro ramillete en su estilo.

—Lo veo bien. No obstante, decídmelo, aplicar la palabra estilo á la confección de un ramillete, ¿no es blasfemar algo?

—De ningún modo, señora. Almadreño hay que imprime su sello, el sentimiento de su personalidad, su estilo, en fin, en todos los ajueros que tarnea. El estilo es un don raro, pero cuando se posee se aplica á todo, aun á los ramilletes, y también á la *lilette*. La vuestra me proporciona un ejemplo victorioso de ello. Echad una mirada en vuestro alrededor, señora, y ved si vuestro adorno se parece á ningún otro. Sí, señora, estais vestida, no solo con un gusto excelente, sino también con estilo.

—¡Dios me libre de contradanzas! dijo ella con alegría. Acabareis de convencerme, añadió con el mismo tono festivo, en un paseo por la estufa en concluyendo una contradanza.

—¡Ah! señora, eso es colmarme de favores! ¿Esa contradanza será la primera?

—Si lo queréis será, al contrario, la última.

—¿La última?

—Quiero decir la que precederá inmediatamente á la cena. Esta es la hora, como sabéis, en que el intermedio consagrado al pascó y la conversación se prolonga más largo tiempo.

—¡Ah! ¡Cuán sensible soy á esa bienhechora idea!

La princesa formaba necesariamente parte de las contradanzas, walses y polkas que se sucedían. Enrique encontraba esto muy sencillo. Pero cuando la veía, lo cual sucedía frecuentemente, dirigirse hacia la estufa del brazo de su compañero, el corazón del joven rebosaba un poco de celos.

Puesto que me ha prometido ese paseo como un favor, ¿por qué se encuentra tan próbigo de ellos? se decía de mal humor.

Con aquella conducta acaso no hacía más que cumplir sus deberes de ama de casa; acaso

también obraba con una secreta intención. ¿Y quién adivinará jamás el secreto de las intenciones de una mujer bonita?

En fin, á eso de las tres de la noche, llegó turno á mi compañero de tomar en la fiesta una parte activa, en compañía de la reina del baile. Hasta entonces no había hecho más que ser una de las figuras de costado de la comparsa.

La princesa cumplió su promesa. Despues del baile, su paseo por la estufa se prolongó largo tiempo. ¿Cuál fué su conversacion? Mad. Prevost y el estilo en materia de ramilletes hicieron únicamente el gasto? Lo cierto es que la conversacion parecia tener para ellos un vivo interés, porque no prestaban atencion alguna á los demas paseantes, y bien pronto se les vió abandonar las calles principales para buscar en la semioscuridad de los bosques artificiales el aislamiento relativo que añade al valor de las conlanzas todos los atractivos del misterio.

Despues de la cena, notable sobre todo por el buen humor y la expansion de los convidados, y el excesivo consumo que se hizo en ella de la excitadora bebida de las viñas de Champagne, las damas entraron por un instante en las habitaciones de la princesa, á fin de dar á sus prendidos una mano reparadora y llena de coquetería.

Por su parte los hombres volvieron á sus salones. Allí se formaron grupos según las preferencias individuales, y las conversaciones se animaron. Escusado es decir que las reinas de la fiesta hicieron el gasto de ellas.

Las damas no tardaron en volver á ocupar su puesto. Naturalmente aquella fiesta proporcionó un nuevo aliciente á las conversaciones de los caballeros. En el grupo de que Enrique formaba parte, se encontraba también un secretario de la embajada de Prusia, el único de sus nuevos amigos que tenemos necesidad de conocer. Se llamaba Wilhem de Steinberg, y llevaba orgullosamente el título de conde. Era un hombre de unos treinta años, muy elegante, buen bailarín, de buena presencia, diestro en armas, buen jugador, decidor, y además hablador como un gascón. Por lo demas, excelente y buen compañero. Aquella noche había participado con otros diez, y lo mismo que Enrique, del honor de bailar una contradanza y dar un paseo con la princesa Elena.

Cuando la joven y linda directora de la fiesta, rodeada de sus amigos, apareció á su vista en el dintel de la puerta del salon para dirigirse á su sillón:

—¡Cállate! dijo á media voz y con el acento irreflexivo de la sorpresa uno de los jóvenes charlatanes del grupo; la princesa no tiene ya su lindo ramillete.

—¡Es verdad! repitieron á la vez muchos de los presentes.

Este hecho, transmitido en voz baja de círculo ya círculo, y observado prontamente por otros grupos, este hecho, decimos, produjo al principio algun rumor en la reunion. Luego á su vez lo notaron las damas. Entonces los cuchicheos, elevándose por todas partes, adquirieron las proporciones de un rumor general. En brye la falta del ramillete de Mad. Prevost en las manos de la princesa Elena, produjo todavía mas sensación que había tenido probablemente su aparición. Por segunda vez en aquella noche la obra maestra marchita era un acontecimiento del baile.

Previamente su accion no debía limitarse á esto. Si no es dado á las flores vivir más que el corto espacio de una mañana, en cambio dejan frecuentemente en nuestra memoria profundas huellas de su paso efímero entre nosotras, y casi siempre huellas de lágrimas, y algunas veces de sangre.

III.

NO HAY QUE CHASCARSE CON LAS FLORES.

La envidia, la mormuración y aun la misma calumnia, dejó sentir por todas partes sus sordos ecos con motivo de la desaparición del ramillete de la joven princesa. Los comentarios variaban de naturaleza según el personal de los grupos. En el círculo de que formaba parte Enrique y el conde Wilhem de Steinberg, círculo compuesto en su mayoría de jóvenes, de calaveras, las

interpretaciones tenían mas malignidad que en los demas, las conjeturas mas extravagantes; en fin, los dichos eran menos mesurados y convenientes. Cada uno decia su cosa.

Despues de algunas palabras dichas con este motivo:

—¡Dios mio! nada mas sencillo, dijo uno de los charlatanes; la princesa habrá olvidado su ramillete en sus habitaciones.

—¡Cómo! Hacer venir de Paris con grandes dispendios un ramillete ¿cómo diré? un ramillete revolucionario, y olvidarlo. ¿No conocéis eso?

—¿Por qué no suponer que se ha extraviado? ¿Qué no se ve frecuentemente á las mujeres perder en un baile? Sus alhajas, sus secretos, sus ilusiones, y qué se yo cuántas cosas mas. ¿Por qué las flores serian una excepcion?

—Sabed, mi joven amigo, que una mujer no pierde jamás su ramillete sin tener en ello un interés cualquiera.

—¡Oh! querido conde, calumnias á las damas.

—Nada de eso. En materia de artificios y de astucia llena de coquetería, las mujeres no pueden ser calumniadas. Poseen con tal perfeccion este arte, que es imposible añadir ninguna suposicion.

—Hablais como La Rochefoucauld, querido Wilhem.

—Acepto esa comparacion como un cumplimiento, os lo prevengo.

—Todo eso, señores, no arroja bastante luz sobre el destino del ramillete de la princesa Elena, objetó uno de los miembros del círculo.

—¿Su destino? Ciertamente, no es preciso ser Nostradamus para adivinarlo.

—Por mi parte no adivino nada absolutamente.

—Ni yo, ni yo! repitieron otros dos ó tres.

—Entonces, señores, los vapores del vino de Champagne han enturbiado algo vuestra inteligencia, permitidme que os lo diga.

—Decid todo lo que queráis, mas contadnos la historia probable del ramillete.

—Vamos, Wilhem, explicaos, añadió otro.

—¿Cómo! ¿no adivináis?

—¡Habla, pues.

—¡Oh! Dios mio, es tan claro como la luz del dia; la princesa ha regalado su ramillete.

—¡Imposible!

—¡Vais demasiado lejos!

—¡Está un poco alegre!

—Está loco.

—De ningún modo. Lo ha dado, y en ello ha obrado con inteligencia. Ese ramillete en sus manos no era más que un objeto frívolo de coquetería; ella le ha transformado en prenda de cariño. Mañana, completamente marchito, habrá cesado de existir, mientras que ahora tiene asegurada para lo sucesivo la preciosa y prolongada vida de una reliquia.

—Lo ha dado, convenido, pero ¿á quién?

—Al amigo de su eleccion, eso se comprende fácilmente.

—¿La princesa ama, pues, á alguno?

—Pregunta cónvida. Por ser princesa no deja de ser mujer.

—En efecto, hace un año próximamente, la princesa debia casarse con su primo Alexis Slogoff; las estipulaciones de este matrimonio estaban ya publicadas, y de pronto las ha roto ella. No se ha sabido el por qué.

—Primer indicio.

—Desde entonces ha esquivado sucesivamente tres ó cuatro proposiciones de alianza, notoriamente convenientes, tanto por el rango como por la fortuna. Hay un secreto en esto.

—Ciertamente es evidente que la princesa ama á alguno.

—A lo menos es presumible. ¿Pero por qué no se casa con ese mortal preferido, puesto que está libre? He ahí un enigma.

—Enigma cuya solucion es facil de hallar.

—No lo adivino.

—Ni yo. Veamos, decidle, vos que tenéis tanta perspicacia.

—¡Ah! ¿Me pedís demasiado y no sé tanto!

—Dices eso, Wilhem, con un aire muy indiscreto.

—Acusa, pues, á mi aspecto de indiscrecion, consiento en ello, pero no á mí.

—Aunque tú mismo tuvieras el ramillete, á buen seguro no hablarías de otro modo.

—Sería muy capaz de ello. Soy capaz de todo.

—Confiesa, pues, y enseñale.

—No, no; no quiero hacer ninguna confesion, ni tengo nada que enseñar. Y por otra parte, aunque lo desearse y me fuese posible hacerlo, mis disposiciones expansivas estarian paralizadas por el gesto desabrido de nuestro amigo Enrique. Ved qué descompuestas están sus facciones. Si dijese yo una palabra mas, desgraciado de mí. Me lanzaría á la cabeza todas las preocupaciones francesas respecto á las mujeres, debería decir á las bellas.

Enrique, que había escuchado esta conversacion sin pronunciar una sola palabra, estaba en efecto, muy pálido; resultado de una prolongada velada sin duda, ó acaso de un sufrimiento profundo.

—Si te estorbo me alejaré, si así te doy gusto, dijo simplemente al conde Wilhem de Steinberg, con quien tenía gran familiaridad, forzándose visiblemente.

—Por ejemplo, replicó este con el gesto y el acento de una protesta. Pidote tan solo como una gracia particular, desdoblés un poco tu sombra flonómica de caballero francés. A la verdad, me intimidas.

—No lo demuestra tu lenguaje, dijo friamente Enrique.

—En efecto, soy un charlatan, tienes razon. Y sin embargo, en último resultado, ¿soy tan culpable? ¿No estamos aquí entre amigos?

—¡Ah! ¿lo confesáis, pues, al fin! ¿Tenéis el ramillete? replicó otro.

—No, no, lo confieso. Pero tendría por un impostor al que pretendiera poseer esa reliquia. Que se declare, si osa hacerlo, y mi espada se encargará al punto de volverle la mentira á la garganta.

—Es imposible confesar con mas claridad que sois el dichoso poseedor del ramillete.

—¡Os repito que no! Pero suponiendo que fuese cierto el hecho, confesad, señores, que la princesa hubiese podido hacer peor eleccion, añadió con una alegre y triunfal expresion de fatuidad.

—La verdad es, que con dificultad hubiese hallado un confidente mas discreto, replicó uno de los presentes con un tono de festiva ironia que escitó la hilaridad general.

(Se concluirá.)

EL ASNO.

Largo tiempo se ha discutido la cuestion de saber si el asno es de la misma familia que el caballo.

El mismo Buffon, despues de haberle tratado extensamente, ha concluido por decir que el asno es una especie muy distinta, y no un caballo degenerado. En efecto, se diferencia esencialmente de este animal por la atzada, que es mucho menor, la cabeza, que es mas gruesa, y las orejas, que son mas largas; por otra parte, es mas sufrido, menos alivo, menos fogoso, menos vivo, pero tambien mas tenaz.

Todavía existen entre estas dos especies de animales, diferencias que los separan mas. El caballo relincha y el burro rebuzna; todo el mundo conoce ese ruido áspero, desacorde, que pasa del grave al agudo sin la menor transicion, y que es excesivamente desagradable para nuestros oidos. El burro, sin embargo, parece complacerse en él, y cuando levantando el hocico y agachando sus largas orejas, repite ese grito, parece lo hace con complacencia y que se escucha á sí mismo.

Así como el buey, el asno no bebe sino el agua mas clara; se ha asegurado que no sumerga su nariz en el agua, porque le asustaban las orejas; esto es un cuento inventado graciosamente, y adoptado precipitadamente como todo lo que es absurdo; el hecho real es que teme, si mete su hocico, enturbiar el agua de la fuente ó del arroyo donde apaga su sed. Su sobriedad es tan proverbial como su obstinacion; se contenta con el alimento mas grosero, y come con placer los cardos, lo que el caballo se guarda muy bien de hacer, porque escoge por sí

mismo la yerba mas tierna y delicada de los pastos.

Los asnos han sido calumniados, puesto que no hay razon para presentarlos como animales estúpidos; por el contrario están dotados de una inteligencia bastante desarrollada, y son susceptibles de tomar ley al amo que los trata bien. Desgraciadamente sucede rara vez con ellos, lo que no así con el caballo.

Cuando se ve á un asno revolcarse sobre el césped ó el helecho, aun estando cargado de algunos objetos, está uno dispuesto á atribuir este acto á la estupidez de su carácter, siendo así que en realidad no lo hace sino porque se olvidan de limpiarle y llevarle á beber como á los caballos. Suple, pues, como puede la falta de cuidados de su amo. Es el tropiezo de la granja y el molino, donde sin embargo, presta los mas útiles servicios.

Proporcionalmente á la talla, el asno posee tanta fuerza muscular como el caballo; tiene buen ojo, olfato excelente, y oído de una delicadeza estremada, lo que la conformacion de las orejas explica perfectamente. Una de sus mas notables cualidades es tener el pie muy seguro, no descuidarse, y pasar sin vacilar por caminos rodeados de precipicios, por donde un caballo no se atreveria á ir. Esta facultad existe tambien entre las mulas, fruto del asno y de la yegua, que posee excelentes cualidades para el transporte de cargas, la cual no siempre se puede reproducir, prueba que el caballo y el asno son dos especies bien distintas.

Los asnos originarios de la Arabia son de una alzada mucho mas grande que en nuestros climas; tienen mas genio; marchan con la cabeza alta, y no carecen de gracia en su paso. Esto proviene sin duda de que los países cálidos les son favorables, y de que los árabes, los egipcios y otras pueblos pastores, los tratan con suavidad, los cuidan bien y no abusan de sus fuerzas, como hacen muchos aldeanos en Europa.

El viajero Ghardin dice: «Hay dos clases de asnos en Persia: los asnos del país, que son lentos y pesados, y de los que no se sirven sino para ir cargados á lomo, y una raza de asnos de Arabia, bestias de un aspecto muy bonito, y sin duda los primeros asnos del mundo; tienen el pelo muy lustroso, la cabeza alta y los pies ligeros, los levantan con aire, marchan bien, y no se sirven de ellos mas que para montar. Las sillas que se les pone son como alhurdas redondas y aplastadas por encima; son de tela ó de tapiz todos sus arreos y estribos; se monta mas hacia la cola que hacia el cuello.»

Hemos visto pintores que queriendo representar la entrada de Jesucristo en Jerusalem, le pintaban montado en un asno, miserable animal, con la cabeza y las orejas caídas. Era un verdadero anacronismo de lugar, porque el asno de Judea es un animal que no carece de genio y nobleza.

En conmemoracion de esta entrada solemne, instituyeron nuestros mayores en algunas comarcas la fiesta del Asno, que se celebraba con una sencillez digna de la fiesta de los Locos, de que constituía parte, mezcla gruesa de cosas sagradas y chocarreras.

El asno que habia conducido á Cristo, decia la tradicion, huyendo de la Judea, pasó el mar como sobre un puente, á pie seco, fué á tomar tierra en Aquilea, y murió en Verona, donde se estableció la fiesta del Asno. En algunos pueblos conducian á la iglesia un asno revestido de una sobrepelliz y de una capa de oro; en otras, como Beauvais y Aulun, una jóven linda y bien adornada, vestida con los mas bellos atavíos, estaba montada sobre un asno ricamente enjaezado; tenia ella un lindo niño entre los brazos, y el acompañamiento, compuesto de prelados, sacerdotes y habitantes, con música que marchaba á la cabeza y estandartes desplegados, saliendo desde la catedral, iban á la iglesia designada. Entonces el asno era colocado del lado

del Evangelio, en el altar; decíase la misa, y en ciertos sitios como el Gloria, el Credo, etc., el sacerdote exclamaba: ¡hi han! ¡han hi! Luego el pueblo repetia en coro el mismo grito. La prosa de esta misa fué compuesta por Pedro Corbell, arzobispo de Lens.

Estas fiestas estuvieron en voga en los siglos XIII, XIV y XV, fiestas que iban acompañadas de locuras que rayaban en indecentes, dando causa á que fuesen condenadas por los concilios. La última que se verificó en Francia fué en tiempo de Luis XIV. En España no existió nunca esa costumbre.

Hay en Asia, desde la Arabia hasta China, asnos salvajes que viven reunidos en numerosas manadas, y que los antiguos llamaban *onagros*; son vivos, ligeros en las carreras, y ordinariamente de un pelo no poco mas claro que el asno doméstico.

Antes de la conquista del Nuevo Mundo por los españoles, no se conocian allí los burros, como tampoco se conocian los caballos; hoy se



han multiplicado extraordinariamente, sobre todo en las comarcas menos habitadas de la América Meridional, donde van en manadas, y rechazan á los demas animales que quieren mezclarse con ellos.

La leche de burra es reputada como un excelente específico en ciertas enfermedades, y este remedio era ya conocido por los antiguos griegos; pero se habia olvidado completamente, cuando una circunstancia vino á ponerlo en voga. Francisco I se hallaba reducido á un estado de marasmo y languidez, consecuencia de las fatigas de la guerra, y todavia mas de los excesos á que se entregaba. Toda la ciencia de los médicos era impotente para combatir este mal que amenazaba la vida del rey. Súpose entonces que un indio de Constantinopla, mas hábil que los médicos de Occidente, trataba con buen éxito esas enfermedades, y obtenia curaciones maravillosas. Se hizo venir aquel médico, el cual mandó el uso de la leche de burra, remedio dulce, que unido á un régimen severo, dió al rey la salud; no fué preciso mas para acreditar al médico y la medicina. El ejemplo venia de arriba, la moda se apoderó de él, y desde esta época se ha ordenado en toda Europa el uso de la leche de burra en las enfermedades de pecho y de debilidad.

Para tener esta leche de buena calidad, es preciso que la burra sea jóven, sana, que esté muy limpia, alimentada de cebada, heno, avena, y aun de las yerbas mas eficaces para combatir las funestas influencias de la enfermedad; es preciso evitar tambien que la leche se enfrie, y tanto como sea posible, es necesario no dejarla espuesta al aire. En las grandes ciudades, vemos á los hurreros conducir al trote largo una porcion de burras, que alimentan de modo que les produzca la mayor cantidad de leche, pero no la mejor, y que fatigadas por el mucho camino, llenan mal el objeto á que se las destina.

La piel del asno es muy dura, apretada, y al mismo tiempo elástica; los orientales hacen de ella el *sagri*, que entre nosotros, adoptando una palabra francesa llamamos, *sagrín*; se ha-

cen con ella muy buenas tabletas de cartera y excelentes picles de tambor, porque es mas seca y sonora que las otras.

MISCELANEA.

ANACRONISMOS EN PINTURA.—Se acusa con razon á Virgilio de haber cometido un anacronismo haciendo contemporáneos á Eneas y á Dido, mientras consta que Dido no vivió sino trescientos años despues de la toma de Troya. Pero es preciso decirlo: el anacronismo en los poetas es frecuentemente voluntario, y casi siempre se les perdona. La misma licencia no puede concederse á los pintores. Por abuso ó por ignorancia, en su cuadro de *La Circuncision*, mirado como una obra maestra del arte, el pintor Cigoli representa al anciano Simeon contemplando al niño Jesus con anteojos, que se inventaron mas de diez siglos despues, ó que algun otro pintor no menos célebre revista con una estola al ángel Gabriel, saludando á Maria en un cuadro de *La Anunciacion*.

Todos estos anacronismos no son nada en comparacion del que cometió el autor de un cuadro que se ve en Amberes, y que representa el sacrificio de Abraham. Este obediente siervo de Dios está á punto de cumplir la orden que ha recibido, matando á su hijo de un tiro, cuando un ángel previene el sacrificio mojando la pólvora de la cazoleta por un medio que la decencia no nos permite describir.

UN PAPEL REPRESENTADO AL NATURAL.—El *Glorioso* es una de las obras maestras de Desbouches. Habia calcado el autor su carácter del coade de Infesa sobre el carácter del actor Dufresne, que lo representaba muy naturalmente. Se ha reconvenido á Desbouches de haber faltado al desenlace de la pieza, que hubiera debido terminarse con el castigo del *Glorioso*; pero Dufresne declaró que si así sucedia no representaria el papel, porque él no estaba hecho para ser maltratado. Tenia Dufresne un criado con el cual representaba muchas veces el original del *Glorioso*, no desdenando, como el héroe de aquella pieza, desdenar con su criado hasta la familiaridad. El criado, poco discreto, contaba con frecuencia en el hogar de la cocina las conversaciones de su amo, lo que divertia mucho á los otros cómicos. Un dia, entre otros, en que no queria representar, dijo á su lacayo:

—Champaña, ve á decir á esas gentes que no representaré.

Este Dufresne decia modestamente, hablando de sí:

—Me creon dichoso y feliz, es un error; preferiria á mi estado el de un caballero que comiese tranquilamente doce mil libras de renta en su antiguo castillo.

Cuando se trataba de pagar al cochero, ó al mozo portador de sillas de mano, se contentaba con hacer una señal ó un gesto, y decir con aire desdeñoso:

—Que paguen á ese desgraciado.

EL VERDADERO CAMINO DE LA CÁRCEL.—Un paleto que llegó un dia á Madrid, le preguntó á un barbon cuál era el camino de la cárcel.

—Atraviesese vd. el arroyo, le dijo, entre usted en esa tienda de alhajas, coja vd. dos vasos de plata, eche vd. á correr, y en dos minutos estará vd. en la cárcel.

LA PERDIDA DE TIEMPO.—Confesábase una de vota de la gran alcion que tenia al juego. Su confesor la reprendia, haciéndola ver que deberia en primer lugar considerar la pérdida de tiempo.

—¡Ay! Si, padre mio, dijo la penitente interrumpiéndole, se pierda muchísimo tiempo en barajar.